

LA FE, PRINCIPIO Y FUNDAMENTO DE UNA EXISTENCIA APOSTÓLICA

En el momento de pasar de este mundo al Padre, en la intimidad del cenáculo, Jesús oró, como relatan los evangelistas, por la fe de Pedro y por la unidad de los discípulos que habían creído en él como enviado por el Padre.

Simón, Simón, mira que Satanás os ha reclamado para cribaros como trigo. Pero yo he pedido por ti, para que tu fe no se apague. Y tú, cuando te hayas convertido, confirma a tus hermanos». Él le dijo: «Señor, contigo estoy dispuesto a ir incluso a la cárcel y a la muerte». Pero él le dijo: «Te digo, Pedro, que no cantarás hoy el gallo antes de que tres veces hayas negado conocerme». (Lc 22, 31-34)

Y ahora, Padre, glorifícame junto a ti, con la gloria que yo tenía junto a ti antes que el mundo existiese. He manifestado tu nombre a los que me diste de en medio del mundo. Tuyo eran, y tú me los diste, y ellos han guardado tu palabra. Ahora han conocido que todo lo que me diste procede de ti, porque yo les he comunicado las palabras que tú me diste, y ellos las han recibido, y han conocido verdaderamente que yo salí de ti, y han creído que tú me has enviado. (Jn 17, 5-8)

Notemos que Jesús no ora para evitar que Pedro sea tentado, sino para que su fe no se apague; y luego, una vez vuelto, confirmase «a sus hermanos en la fe». Lo que caracteriza a los discípulos es la fe en Jesús como enviado por Dios. En su diatriba con los judíos, Jesús denunció como pecado la incredulidad de sus oyentes.

De nuevo les dijo: «Yo me voy y me buscaréis, y moriréis por vuestro pecado. Donde yo voy no podéis venir vosotros». Y los judíos comentaban: «¿Será que va a suicidarse, y por eso dice: “Donde yo voy no podéis venir vosotros”?». Y él les dijo: «Vosotros sois de aquí abajo, yo soy de allá arriba: vosotros sois de este mundo, yo no soy de este mundo. Con razón os he dicho que moriréis en vuestros pecados: pues, si no creéis que “Yo soy”, moriréis en vuestros pecados». (Jn 8, 21-24)

El evangelista Juan escribió su evangelio con esta finalidad: «para que creáis que Jesús es el Mesías, el Hijo de Dios, y para que, creyendo, tengáis vida en su nombre». (Jn 20, 31) «La obra del Padre» es creamos en su enviado (Jn 6, 29). Nadie va a Cristo, si el Padre no lo atrae (Jn 6, 44) Conducir a la «obediencia de la fe» es lo propio del ministerio apostólico (cf. Rom 1, 5). La Iglesia apostólica recibe el Espíritu Santo para dar testimonio de Jesucristo hasta los confines de la tierra (cf. Hch 1, 8). El apóstol, al final de sus días, escribe a su «verdadero hijo en la fe», Timoteo, explicándole su experiencia y gratitud, pues el Señor se fió de él y le confió el ministerio del Evangelio. Y así afirma: «la gracia de nuestro Señor sobreabundó en mí junto con la fe y el amor que tienen su fundamento en Cristo Jesús». Esto es capital para pensar y llevar a cabo la nueva evangelización.

Doy gracias a Cristo Jesús, Señor nuestro, que me hizo capaz, se fió de mí y me confió este ministerio, a mí, que antes era un blasfemo, un perseguidor y un insolente. Pero Dios tuvo compasión de mí porque no sabía lo que hacía, pues estaba lejos de la fe (no teniendo fe; en mi incredulidad); sin embargo, la gracia de nuestro Señor sobreabundó en mí junto con la fe y el amor que tienen su fundamento en Cristo Jesús. Es palabra digna de crédito y merecedora de total aceptación que Cristo Jesús vino al mundo para salvar a los pecadores, y yo soy el primero; pero por esto precisamente se compadeció de mí: para que yo fuese el

primero en el que Cristo Jesús mostrase toda su paciencia y para que me convirtiera en un modelo de los que han de creer en él y tener vida eterna. Al Rey de los siglos, inmortal, invisible, único Dios, honor y gloria por los siglos de los siglos. Amén. (1Tim 1, 12-17)

Pablo, como dice en la carta a los gálatas, había sido «un defensor celoso de las tradiciones de sus antepasados», un hombre profundamente religioso y defensor de la fe israelita. Por ello persiguió a la comunidad del Camino, de los seguidores de Jesús. En la misma carta dice: «Personalmente yo era un desconocido para las iglesias de Cristo que hay en Judea; solo habían oído decir que el que antes los perseguía anuncia ahora la fe que antes intentaba destruir; y glorificaban a Dios por causa mía». (Gal 1, 14-24)

Retengamos esta expresión: «Ahora anuncia la fe que antes intentaba destruir». La fe, por tanto, «tiene su objetividad», es más que la simple creencia subjetiva en la divinidad o la adhesión a unos valores religiosos o la realización de las obras de la ley. «El Evangelio de Cristo», el evangelio anunciado por el apóstol, no es de origen humano. Lo ha recibido por una revelación de Dios y como tal debe ser acogido en la fe. Por ello Pablo insiste, a tiempo y a destiempo: la salvación no viene de las obras de la ley, sino por la fe en Jesucristo muerto y resucitado. «No estáis bajo la ley, sino bajo la gracia» (Rom 6, 14)

Hoy, si no estoy equivocado, vuelve a ser determinante ahondar en ello, pues existe el riesgo de reducir la fe a unas creencias y practicas, ya sean religiosas, sociales, caritativas o piadosas. Como en tiempos de Pablo, se sigue tergiversando el Evangelio de Cristo. El «logos de la cruz» sigue siendo necedad y escándalo, para unos y otros. No es la primera vez que escucho: «Hábleme de Jesucristo, pero no de la cruz». Pablo, tanto a judíos como a gentiles, no cesó de anunciar a Jesucristo crucificado, y este crucificado. Por ello debemos interrogarnos si Jesucristo crucificado es para nosotros, sus discípulos, «fuerza de Dios y sabiduría de Dios. Pues lo necio de Dios es más sabio que los hombres; y lo débil de Dios es más fuerte que los hombres». (cf. 1Cor 1, 18-2, 5) Así lo comprendió Pablo cuando Jesús resucitado salió a su encuentro en el camino de Damasco.

Cierto, hay que decirlo en descargo de muchas personas sencillas: ciertas presentaciones doloristas de la cruz de Cristo, no fueron ni son muy afortunadas; pero la fe es una y no podemos anunciar un Evangelio diferente al que nos ha sido comunicado. Pablo resumía así el Evangelio que había recibido y anunciaba, esto es, el kerigma que estamos llamados a predicar y vivir en lo concreto de la existencia:

Os recuerdo, hermanos, el Evangelio que os anuncié y que vosotros aceptasteis, en el que además estáis fundados, y que os está salvando, si os mantenéis en la palabra que os anunciamos; de lo contrario, creísteis en vano. Porque yo os transmití en primer lugar, lo que también yo recibí: que Cristo murió por nuestros pecados según las Escrituras; y que fue sepultado y que resucitó al tercer día, según las Escrituras; y que se apareció a Cefas y más tarde a los Doce; después se apareció a más de quinientos hermanos juntos, la mayoría de los cuales vive todavía, otros han muerto; después se apareció a Santiago, más tarde a todos los apóstoles; por último, como a un aborto, se me apareció también a mí. (1Cor 15, 1-8)

La misión del apóstol brota de la fe en el amor que el Señor nos manifestó al dar la vida por nosotros. Pablo se sabía amado y comunicaba esta buena noticia con pasión. «Yo he muerto a la ley por medio de la ley, con el fin de vivir para Dios. Estoy crucificado con Cristo; vivo, pero no soy yo quien vive, es Cristo quien vive en mí. Y mi vida de ahora en la carne, la vivo en la fe del Hijo de Dios, que me amó y se entregó por mí. No anulo la gracia de Dios; pero su la justificación es por medio de la ley, Cristo habría muerto en vano». (Gal 2, 19-21) La primera carta de Juan comienza así:

Lo que existía desde el principio, lo que hemos oído, lo que hemos visto con nuestros propios ojos, lo que contemplamos y palpamos nuestras manos acerca del Verbo de la vida; pues la Vida se hizo visible, y nosotros hemos visto, damos testimonio y os anunciamos la vida eterna que estaba junto al Padre y se nos manifestó. Eso que hemos visto y oído os lo anunciamos, para que estéis en comunión con nosotros y nuestra comunión es con el Padre y con su Hijo Jesucristo. Os escribimos esto, para que nuestro gozo sea completo. (1Jn 1, 1-4)

Teniendo como trasfondo la experiencia apostólica, he aquí unos puntos para meditar en el origen y vivencia de la fe como consagrados en la secularidad.

I.- LA «FE BÍBLICA» TIENE SU ORIGEN EN DIOS

Las Escrituras establecen una radical incompatibilidad entre los ídolos, fabricados por los hombres, y el Dios creador. La denuncia a Israel por seguir los ídolos de las naciones es significativa: «*Fueron tras dioses que eran nada y se volvieron nada*, al imitar a las naciones de alrededor, cuando el Señor les había prescrito no actuar como ellas». (2R 17, 15) La fe bíblica recuerda, una y otra vez, de formas diferentes esta verdad: «Y creó Dios al hombre a su imagen, a imagen de Dios lo creó, varón y mujer los creó». (Gen 1, 27) Esta afirmación señala cómo «la fe bíblica» difiere radicalmente de la «fe religiosa» de los mitos.

Dios creó al hombre para el diálogo y la comunión. El Dios creador y salvador es un Dios personal y libre, un Tú que habla y dialoga con el ser humano. Rota la comunión por el pecado, Dios sale sin cesar en búsqueda del hombre, para establecer con él una verdadera relación de alianza. Una palabra de Jesús en el evangelio según san Juan da buena cuenta de esta verdad, sin la cual existe el peligro de confundir la fe bíblica con una simple religiosidad natural. Jesús, en el momento de pasar de este mundo al Padre, dijo a los suyos: «No sois vosotros los que me habéis elegido, soy yo quien os he elegido y os he destinado para que vayáis y deis fruto, y vuestro fruto permanezca». (Jn 15, 16) Estas palabras de Jesús, que hemos meditado tantas veces, nos proporcionan una nueva ocasión para ahondar en la fe y en cómo debemos contribuir a la nueva evangelización de acuerdo con nuestra vocación y misión.

1.- La iniciativa divina y la fe del padre de los creyentes

Como enseña la Biblia, Abrahán procedía de una familia de servidores y adoradores de falsos dioses. Josué, narrando en nombre de Dios la historia de Abrahán, pone de relieve cómo la iniciativa es de Dios. No fue Abrahán el que buscó a Dios, sino Dios quien buscó a Abrahán. Es Dios quien guía a Abrahán.

Josué dijo a todo el pueblo: «Así dice el Señor, Dios de Israel: “Al otro lado del río Éufrates vivieron antaño vuestros padres: Téráj, padre de Abrahán y de Najor, y servían a otros dioses. Yo tomé a Abrahán vuestro padre del otro lado del Río, lo conduje por toda la tierra de Canaán y multipliqué su descendencia, dándole un hijo, Isaac. (Jos 24, 2-3)

El relato del libro del Génesis pone de relieve la irrupción de Dios en la vida del patriarca. Dios eligió y recreó a Abrahán, para ser bendición no sólo de su pueblo, sino también de la humanidad entera. Antes que el padre de los creyentes responda, Dios se compromete con el elegido y empeña su palabra.

El Señor dijo a Abrahán: «Sal de tu tierra, de tu patria, y de la casa de tu padre, hacia la tierra que te mostraré. Haré de ti una gran nación, te bendeciré, haré famoso tu nombre y serás

una bendición. Bendeciré a los que te bendigan, maldeciré a los que te maldigan, y en ti serán benditas todas las familias de la tierra». (Gen 12, 1-3)

Y Abrahán, fiado en la palabra de la promesa, se puso en camino. El Señor se había comprometido a caminar con él. «No temas Abrahán, yo soy tu escudo, y tu paga será abundante». «Yo soy el Señor que te saqué de Ur de los caldeos, para darte en posesión esta tierra». Y dice el texto bíblico: «Abrahán creyó al Señor y se le contó como justicia». (Gen 15, 1ss) Dios guió los pasos del padre de los creyentes.

La fe de Abrahán tiene su origen en la iniciativa divina, en la palabra de Dios. La fe es, ante todo, acoger la palabra y ponerse en camino. Es el inicio de una nueva existencia. Fiado en la palabra divina, Abrahán dejó su tierra, familia y dioses, para avanzar en la noche oscura y clara de la fe, como narra el relato bíblico. La carta a los Hebreos dice: «Por la fe obedeció Abrahán a la llamada y salió hacia la tierra que iba a recibir en heredad. Salió sin saber adónde iba». (Hb 11, 8) La alianza de la promesa postula recibir la «palabra» y fiarse de manera incondicional de ella, ya que tiene poder de realizar lo que anuncia.

2.- La fe viene de la Palabra

El apóstol Pablo, escribiendo a la pequeña y acosada comunidad de Roma, les instaba a meditar y reflexionar cómo la fe brota de la palabra anunciada por los profetas, realizada en Cristo y testimoniada por los apóstoles.

¡Qué hermosos los pies de los que anuncian la Buena Noticia del bien! Pero no todos han prestado oídos al Evangelio. Pues Isaías afirma: Señor, ¿quién ha creído nuestro mensaje? Así, pues, la fe nace del mensaje que se escucha, y la escucha viene a través de la palabra de Cristo. Pero digo yo: ¿Es que no lo han oído? Todo lo contrario: *A toda la tierra alcanza su pregón, y hasta los confines del orbe sus palabras.* (Rom 10, 15-18)

En la carta a los Gálatas, el apóstol polemiza con los que pretendían imponer a los gentiles conversos las obras de la ley como condición para alcanzar la salvación. A los que se dejaban arrastrar por «falsas opiniones», les decía: «¡Oh insensatos Gálatas! ¿Quién os ha fascinado a vosotros, a cuyos ojos se presentó a Cristo crucificado? Solo quiero que me contestéis a esto: ¿Recibisteis el Espíritu por las obras de la ley o por haber escuchado con fe?... Vamos a ver: el que os concede el Espíritu y obra prodigios en vosotros, ¿lo hace por las obras de la ley o por haber escuchado con fe?» (Gal 3, 5) Podríamos decir que la *fe subjetiva brota de la fe objetiva*. Trato de explicarlo.

Dios eligió y llamó a Abrahán por gracia, y no por los méritos de este. La alianza de la promesa es anterior a la alianza de la ley, como recuerda la historia de la salvación. Teniendo esto en cuenta, Pablo afirma de forma significativa para todos nosotros: «Antes de que llegara la fe, éramos prisioneros y estábamos custodiados bajo la ley hasta que se revelase la fe. La ley fue así nuestro ayo, hasta que llegara Cristo, a fin de ser justificados por fe; pero una vez llegada la fe, ya no estamos sometidos al ayo. Pues todos sois hijos de Dios por la fe en Cristo. Cuantos habéis sido bautizados en Cristo, os habéis revestido de Cristo. No hay judío y griego, esclavo y libre, hombre y mujer, porque todos vosotros sois uno en Cristo Jesús. Y si sois de Cristo, sois descendencia de Abrahán y herederos según la promesa». (Gal 3, 23-27)

La «llegada de la fe» es, en definitiva, la llegada de Cristo, la Palabra encarnada, y el don del Espíritu, que funda la «fe subjetiva» y nos hace acreedores de las promesas de Dios. Por ello san Agustín hablaba del Señor como nuestro gran deudor, pues nos ha prometido

tanto y tan maravilloso¹. La fe subjetiva ni inventa el Evangelio ni es la fuente de la salvación. Es Cristo quien nos libera para la libertad, para que caminemos en la fe que actúa por el amor.

Para la libertad nos ha liberado Cristo. Manteneos, pues, firmes, y no dejéis que vuelvan a someteros a yugos de esclavitud. Mirad: yo, Pablo, os digo que, si os circuncidáis, Cristo no os servirá de nada. Y vuelvo a declarar que todo aquel que se circuncida está obligado a observar toda la ley. Los que pretendéis ser justificados en el ámbito de la ley, habéis roto con Cristo, habéis salido del ámbito de la gracia. Pues nosotros mantenemos la esperanza de la justicia por el Espíritu y desde la fe; porque en Cristo nada valen la circuncisión o la incircuncisión, sino la fe que actúa por el amor. (Gal 5, 1-6)

La fe subjetiva de Pablo brota de la experiencia de ser amado, del hecho que el Resucitado saliese a su encuentro y depositase su confianza en él: «Me amó y se entregó por mí».

3.- *Nadie viene a mí si el Padre no lo atrae.*

La fe en Jesucristo, como insiste el evangelista Juan, es «la obra de Dios». Los que se habían saciado con el pan y los peces, preguntaban entusiasmados: «Y ¿qué tenemos que hacer para realizar las obras de Dios?», a lo cual respondió Jesús: «La obra de Dios es esta: que creáis en el que él ha enviado». (Jn 6, 29) Ahora bien, *la fe, además de dar crédito a la palabra del enviado comporta un ir hacia él, un dejarse conducir por el Padre hacia Jesús, su enviado.* Por ello, Jesús reitera esta verdad hasta dos veces en el discurso en la sinagoga de Cafarnaún, donde se nos habla del pan bajado del cielo para dar la vida al mundo. Escuchemos a Jesús:

«No critiquéis. Nadie puede venir a mí si no lo atrae el Padre que me ha enviado. Y yo lo resucitaré en el último día. Está escrito en los profetas: “Serán todos discípulos de Dios”. Todo el que escucha al Padre y aprende, viene a mí. No es que alguien haya visto al Padre, a no ser el que está junto a Dios: ese ha visto al Padre. En verdad, en verdad os digo: el que cree tiene vida eterna. [...]Y dijo: «Por eso os he dicho que nadie puede venir a mí si el Padre no se lo concede» (Jn 6, 43-47.65)

Muchos de los discípulos juzgaron que las palabras de Jesús eran duras y le dieron la espalda. Entonces Jesús preguntó a los Doce si también ellos querían abandonarlo. La respuesta de Pedro ante la pregunta de Jesús, como consta por los otros evangelistas, procede del Padre. La fe implica: ir a Jesús, reconocerlo y conocerlo como el Santo de Dios y fiarse plenamente de sus palabras, pues en ellas se encuentra la vida eterna. Esta triple dimensión de la fe apostólica tiene su origen en la acción del Padre en el discípulo.

Entonces Jesús les dijo a los Doce: «¿También vosotros queréis marcharos?». Simón Pedro le contestó: «Señor, ¿a quién vamos a acudir? Tú tienes palabras de vida eterna; nosotros creemos y sabemos que tú eres el Santo de Dios». Jesús le contestó: «¿Acaso no os he escogido yo a vosotros, los Doce? Y uno de vosotros es un diablo». Lo decía por Judas, el hijo de Simón Iscariote, pues este lo iba a entregar, uno de los Doce. (Jn 6, 67-71)

El propio Jesús, en el evangelio según san Mateo, pone de relieve cómo la confesión de fe de Pedro es obra del Padre.

¹ «Fiel es Dios, que se ha constituido en deudor nuestro, no porque haya recibido nada de nosotros; sino por lo mucho que nos ha prometido. La promesa le pareció poco, incluso; por eso, quiso obligarse mediante escritura, haciéndonos, por decirlo así, un documento de sus promesas para que, cuando empezara a cumplir lo que prometió, viésemos en el escrito el orden sucesivo de su cumplimiento». (Comentario al Salmo 109)

Él les preguntó: «Y vosotros, ¿quién decís que soy yo?». Simón Pedro tomó la palabra y dijo: «Tú eres el Mesías, el Hijo del Dios vivo». Jesús le respondió: «¡Bienaventurado tú, Simón, hijo de Jonás!, porque eso no te lo ha revelado ni la carne ni la sangre, sino mi Padre que está en los cielos. (Mt 16, 15-17)

II.- LA VIVENCIA DE LA FE APOSTÓLICA

La fe, en la perspectiva bíblica, es, ante todo, acogida de un Dios personal y libre, así como de su palabra, que tiene poder de realizar en uno lo que enuncia. La fe, en última instancia se dirige a Dios, como fuente de la vida, verdad y salvación.

La fe apostólica bendice a Dios por su grandeza y benevolencia, para con nosotros.

Bendito sea Dios, Padre de Nuestro Señor Jesucristo, que nos ha bendecido en Cristo con toda clase de bendiciones espirituales en los cielos. Él nos eligió en Cristo antes de la fundación del mundo para que fuésemos santos e intachables ante él por el amor. Él nos ha destinado por medio de Jesucristo, según el beneplácito de su voluntad, a ser sus hijos, para alabanza de la gloria de su gracia, que tan generosamente nos ha concedido en el Amado. (Ef 1, 3-6)

Elegidos y amados desde la eternidad en el Jesucristo para ser santos e intachables, para ser hijos, somos hechos hermanos del Hijo, «la Palabra encarnada» (cf. Hb 2, 10-13). Y así el Espíritu de la comunión nos introduce en la comunión del Padre y el Hijo. Esta es la verdad maravillosa del hacer divino, algo que el hombre no podía ni imaginar.

Ahora bien, la toma de conciencia y vivencia de esta verdad en la «fe subjetiva», implica, de ordinario, un proceso lento y personal en el seno de la Iglesia de Dios. La fe, que Dios infunde en el corazón de las personas, tienen en cuenta la historia personal de cada uno, su cultura y devenir histórico. La vocación del hombre es la libertad y Dios permanece fiel a su designio. No impone la fe, la propone y espera la respuesta libre del ser humano. La fe es una en su objetividad, pero cada persona, en la comunión apostólica, la vive de forma original. La fe no viene a destruir la naturaleza, sino a darle plenitud. La fe es lo más humano, como señaló Pablo VI.

La riqueza de la fe es tal, por otra parte, que necesitamos ser robustecidos en el hombre interior, a fin que Cristo habite por la fe en nuestros corazones.

Por eso doblo las rodillas ante el Padre, de quien toma nombre toda paternidad en el cielo y en la tierra, pidiéndole que os conceda, según la riqueza de su gloria, ser robustecidos por medio de su Espíritu en vuestro hombre interior; que Cristo habite por la fe en vuestros corazones; que el amor sea vuestra raíz y vuestro cimiento; de modo que así, con todos los santos, logréis abarcar lo ancho, lo largo, lo alto y lo profundo, comprendiendo el amor de Cristo, que trasciende todo conocimiento. Así llegaréis a vuestra plenitud, según la plenitud total de Dios. Al que puede hacer mucho más sin comparación de lo que pedimos o concebimos, con ese poder que actúa entre nosotros; a él la gloria en la Iglesia y en Cristo Jesús por todas las generaciones de los siglos de los siglos. Amén. (Ef 3, 14-21)

La fe de María, la llena de gracia, entregándose de manera incondicional a la palabra de Dios: «He aquí la esclava del Señor; hágase en mí según tu palabra», nos traza el camino de la verdadera plenitud humana. La persona se realiza en la obediencia, esto es, dejándose hacer por la gracia y poder de la palabra de Dios: «Pues de su plenitud todos hemos recibido, gracia tras gracia. Porque la ley se dio por medio de Moisés, la gracia y la verdad

nos han llegado por medio de Jesucristo. A Dios nadie lo ha visto jamás: Dios unigénito, que está en el seno del Padre, es quien lo ha dado a conocer». (Jn 1, 16-18)

Pero no olvidemos que la comunidad apostólica llegó a la inteligencia del designio de Dios después de la Pascua de Jesús culminada con el don del Espíritu Santo. Así nos lo da a entender el diálogo de Jesús en el cenáculo con sus discípulos. Jesús en el momento de pasar de este mundo al Padre, dijo a Felipe: «Hace tanto que estoy con vosotros. ¿y no me conoces, Felipe? Quien me ha visto a mí ha visto al Padre. ¿Cómo dices tú: “Muéstranos al Padre”? ¿No crees que yo estoy en el Padre y el Padre en mí?». (Jn 14, 1-11) La experiencia de los apóstoles nos permite comprender que el camino de la fe es un proceso largo y surcado por crisis, por noches oscuras. Detengámonos un momento en ellas.

Los evangelistas, aunque de forma indirecta, pues su objetivo es darnos a conocer a Jesús, describen la senda recorrida por los Doce para alcanzar una fe madura. Fijemos nuestra mirada en Pedro, el hombre religioso y entusiasta, que creía, sin duda alguna, en el Dios de los padres, como el resto de los Doce elegidos y llamados por el Señor.

Los evangelistas ponen de relieve la iniciativa de Jesús, para elegir a sus discípulos: pasa, ve, elige y llama. Pedro fue elegido por gracia. Su respuesta fue pronta y entusiasta. Deja todo y va tras Jesús. *Pero el entusiasmo no es todavía la fe.* Ciertamente, puede ser un inicio; La fe madura impone una verdadera purificación de las motivaciones².

A la pregunta de Jesús a los discípulos: «Y vosotros, ¿quién decís que soy yo?», Pedro respondió: «Tú eres el Mesías, el Hijo de Dios vivo». En su respuesta, Jesús reconoce la acción del Padre. «Bienaventurado tú, Simón, hijo de Jonás!, porque eso no te lo ha revelado la carne ni la sangre, sino mi Padre que está en los cielos».

A renglón seguido Jesús instruye a los suyos sobre su pasión, muerte y resurrección. Pedro, en privado, se puso a increparlo a Jesús, para que no le sucediera. Delante de los demás discípulos, Jesús le dice: «¡Ponte detrás de mí, Satanás! Eres para mí piedra de tropiezo, porque tu piensas como los hombres, no como Dios». (Mt 16, 16-23) Estamos ante un aspecto clave de la fe: el paso de la expectativa de un Mesías poderoso y fuerte, capaz de aplastar a los enemigos del pueblo, a la fe en el Mesías enviado en la condición de Siervo, tal como anunciaban los cánticos del Siervo de Yahvé. Existe siempre la tentación de encerrar la verdad y novedad de la palabra y planes de Dios en nuestros esquemas religiosos y culturales. *La fe auténtica supone abrirse a la verdad y novedad de Dios.* Los pensamientos, caminos, planes y tiempos de Dios no son los nuestros; resultan, con frecuencia, para el mundo y nuestra razón desconcertantes.

Pedro era un hombre generoso y bueno, apegado realmente a Jesús como a su Maestro. El evangelista Juan recuerda la confesión de fe de Pedro en estos términos:

Entonces Jesús les dijo a los Doce: «¿También vosotros queréis marcharos?». Simón Pedro le contestó: «Señor, ¿a quién vamos a acudir? Tú tienes palabras de vida eterna; nosotros creemos y sabemos que tú eres el Santo de Dios». (Jn 6, 67-69)

² Los evangelios recuerdan las luchas por los primeros puestos y sus sueños mesiánicos. El paso del entusiasmo a la fe conlleva un largo y doloroso proceso de despojo cultural y religioso. Después de que Jesús resucitado les hablase durante cuarenta días del reino de Dios, los apóstoles seguían preguntando: «Señor, ¿es ahora cuando vas a restaurar el reino de Israel?» (Hch 1, 6)

Pero Pedro no termina de adentrarse en los caminos del Señor, no termina de vivir una fe madura en el enviado de Dios. Es tributario todavía de su cultura religiosa. Así lo vemos en sus reacciones, que, por otra parte, son razonables y expresan gran generosidad. Quiere oponerse a que Jesús le lave los pies. Dice estar dispuesto a morir con Jesús, y creo que lo decía desde el corazón, pero pronto le va a negar.

Después de cantar el himno, salieron para el monte de los Olivos. Jesús les dijo: «Todos os escandalizaréis, como está escrito: “Heriré al pastor y se dispersarán las ovejas”. Pero cuando resucite, iré delante de vosotros a Galilea». Pedro le replicó: «Aunque todos caigan, yo no». Jesús le dice: «En verdad te digo que hoy, esta misma noche, antes que el gallo cante dos veces, tú me habrás negado tres». Pero él insistía: «Aunque tenga que morir contigo, no te negaré». Y los demás decían lo mismo. (Mc 14, 26-31)

La pretensión del apóstol debe ponernos en alerta, pues el afecto no es lo mismo que la fe, todavía no es la fe adulta. Por ello el relato de Lucas es tan significativo, incluso para nuestra manera de orar, pues la oración es la respiración y expresión de la fe.

Simón, Simón, mira que Satanás os ha reclamado para cribaros como trigo. Pero yo he pedido por ti, para que tu fe no se apague. Y tú, cuando te hayas convertido, confirma a tus hermanos». Él le dijo: «Señor, contigo estoy dispuesto a ir incluso a la cárcel y a la muerte». Pero él le dijo: «Te digo, Pedro, que no cantará hoy el gallo antes de que tres veces hayas negado conocerme». (Lc 22, 31-34)

Es curioso, Jesús no pide, como enseña en el Padrenuestro, que Pedro no caiga en la tentación, como ya he notado, sino para que no se apague la fe, y luego de su conversión confirme a sus hermanos en la fe. El diálogo de Jesús y el discípulo muestra hasta que punto el Maestro conoce nuestra debilidad para permanecer en su seguimiento. No podemos apoyarnos en nuestra fuerzas, es necesario permanecer pobres y humildes.

Los evangelios narran cómo Pedro, lejos de velar y orar, se durmió. Apresado Jesús, Pedro lo siguió de lejos. Tiene miedo y lo niega por tres veces. Al ser mirado por Jesús, arranca a llorar. *Es el paso de la pretensión a la fe humilde.* Es un paso decisivo. La salvación y la fe no vienen de nosotros, son don de Dios. Y Jesús seguirá confiando en Pedro, pero su fe debe apoyarse en la fidelidad del Señor y no en sus fuerzas y creencias. Pero esto no es tan fácil. Pedro, incluso después de Pentecostés, tendía a avanzar desde su experiencia y cultura religiosa, por ello se vio obligado a vivir un proceso permanente de discernimiento y conversión. Para abrir «la puerta de la fe» a los gentiles (Hch 14, 27), los Doce se vieron obligados a despojarse de creencias y prácticas religiosas heredadas de los padres.

Los Hechos de los Apóstoles, en este sentido, recuerdan dos momentos importantes, que permiten comprender cómo Pedro, al igual que el resto de los Doce, vivieron una verdadera conversión para dar testimonio de la fe en Jesucristo conducidos por el Espíritu de la verdad y santidad.

Ante el Sanedrín, que quería acallar su testimonio, Pedro y Juan respondieron, con firmeza y aplomo: «¿Es justo ante Dios que os obedezcamos a vosotros más que a él? Juzgado vosotros. Por nuestra parte no podemos menos de contar lo que hemos visto y oído». (Hch 4, 19-20) «Testigos de esto somos nosotros y el Espíritu Santo, que Dios da a los que le obedecen». (Hch 5, 32) *La fe hace personas libres frente a los que quieren silenciar la verdad.* Pero, en otros momentos, como vamos a ver a continuación, el Espíritu lucha con el apóstol, para que viva y actúe de acuerdo con la novedad del Evangelio de Dios.

Pedro está en oración. Tiene una visión. Una voz le dice: «Levántate, Pedro, mata y come. Pedro replicó: De ningún modo, Señor, pues nunca comí cosa profana e impura. Y de nuevo por segunda vez le dice una voz: Lo que Dios ha purificado, tú no lo consideres profano». (Hch 10, 9-11, 18) Pedro sigue todavía aferrado a sus creencias y tradiciones, como un buen israelita. El Espíritu Santo interviene, para que vaya a casa de Cornelio, un pagano temeroso realmente de Dios. Y, como se ve a lo largo de los Hechos, la inteligencia de la fe de los discípulos, incluida la de los Doce, va creciendo bajo la acción del Espíritu Santo, tal como la anunciase el propio Jesús.

Muchas cosas me quedan por deciros, pero no podéis cargar con ellas por ahora; cuando venga él, el Espíritu de la verdad, os guiará hasta la verdad plena. Pues no hablará por cuenta propia, sino que hablará de lo que oye y os comunicará lo que está por venir. Él me glorificará, porque recibirá de lo mío y os lo anunciará. Todo lo que tiene el Padre es mío. Por eso os he dicho que recibirá y tomará de lo mío y os lo anunciará. (Jn 16, 12-15)

El Espíritu no deja de luchar, para conducir a la verdad de manera existencial. Pedro tuvo que escuchar el reproche que le hiciera Pablo, pues el miedo le llevaba a comportarse de forma ambigua ante los que pretendían imponer prácticas judías a los gentiles.

Pero cuando vi que no se comportaban correctamente, según la verdad del Evangelio, le dije a Pedro delante de todos: Si tú, siendo judío, vives como los gentiles y no como los judíos, ¿cómo fuerzas a los gentiles a judaizar? (Gal 2, 14)

El camino hacia la fe adulta es largo y jamás se puede dar por concluido. Como san Pablo recuerda, lo que cuenta, en definitiva, es no avergonzarse del Evangelio y estar prontos a dar testimonio de la fe, pues si esta no crece y se testimonia, tiende a diluirse.

Pues no me avergüenzo del Evangelio, que es fuerza de Dios para la salvación de todo el que cree, primero del judío, y también del griego. Porque en él se revela la justicia de Dios de fe en fe, como está escrito: *El justo por la fe vivirá.* (Rom 1, 16-17)

Puesto que de la plenitud de Verbo encarnado hemos recibido gracia tras gracia (cf. Jn 1, 17), estamos llamados a abrirnos a la novedad inagotable de la verdad viva. Y esto implica, por tanto, una actitud profunda de escucha y discernimiento, para colaborar con docilidad, obediencia y humildad a la acción del Espíritu que nos precede siempre en el corazón de las personas y culturas. La comunidad apostólica, como vemos en la persona de Pedro, no sin luchas y dificultades internas y externas, se abrió de forma progresiva a la novedad de la verdad, Jesucristo.

III.- LOS RETOS DE HOY DÍA PARA VIVIR EL DON DE LA FE EN UN MUNDO SECULAR

El proceso de nacimiento y crecimiento de la fe apostólica, como acabamos de ver, no siempre es fácil y cómodo, ya que implica una profunda conversión y renuncias dolorosas. He aquí algunos retos y desafíos para vivir la fe apostólica en la secularidad.

Ante todo *es preciso no ser ingenuos*. La vivencia de la fe en Jesucristo muerto y resucitado, tanto a nivel personal como comunitario ha sido, es y será siempre un verdadero desafío, pues no se ha de confundir con unas creencias y prácticas, aun cuando se presenten bajo capa de piedad. Baste releer la carta a los Colosenses, para comprender cómo ciertos tipos de religiosidad terminan por arruinar el dinamismo de la fe verdadera. El Apóstol alertaba así a la comunidad:

Cuidado con que nadie os envuelva con teorías y con vanas seducciones de tradición humana, fundadas en los elementos del mundo y no en Cristo. Porque en él habita la plenitud de la divinidad corporalmente, y por él, que es cabeza de todo Principado y Potestad, habéis obtenido vuestra plenitud. (Col 2, 8-10)

En la primera carta a los Corintios, el apóstol enseña que el fundamento puesto por Dios, sobre el que se ha de edificar la vida de la comunidad y de las personas, es Jesucristo. «Nadie puede poner otro fundamento fuera del ya puesto, que es Jesucristo». (1Cor 3, 11)

San Ignacio de Antioquía, mientras caminaba hacia el martirio, ponía en guardia a la comunidad de Éfeso sobre los propagandistas de falsas doctrinas.

«Yo he sabido que algunos venidos de allá han pasado por vosotros, portadores de una mala doctrina, pero no les habéis permitido sembrarla entre vosotros, tapasteis vuestros oídos para no recibir lo que ellos siembran, ya que vosotros sois piedras del templo del Padre, preparados para la construcción de Dios Padre, elevados hasta lo alto por la palanca de Jesucristo, que es la cruz, sirviendo como soga el Espíritu Santo; vuestra fe os tira hacia lo alto, y la caridad es el camino que os eleva hacia Dios». (I. Antioquía, carta a los Efesios)

He aducido estos testimonios para que estemos siempre abiertos a la novedad que reside en la verdad que viene de Dios. El evangelio anunciado por los apóstoles, no es de origen humano como recordaba Pablo a la comunidad del gálatas (cf. Gal 1, 11-12). Veamos ahora algunas consecuencias, para nuestras vidas.

1. *El don de la fe estamos llamados a recibirlo, cultivarlo, compartirlo y comunicarlo en la comunidad apostólica.* La fe es personal y, por lo mismo, comunitaria. La fe de Pedro es la fe de los Doce. La comunión eclesial es comunión de personas en Cristo. Benedicto XVI lo recordó con palabras sencillas y elocuentes hablando de la Eucaristía.

La «mística» del Sacramento [de la Eucaristía] tiene un carácter social, porque en la comunión sacramental yo quedo unido al Señor como todos los demás que comulgan: «El pan es uno, y así nosotros, aunque somos muchos, formamos un solo cuerpo, porque comemos todos del mismo pan», dice san Pablo (1 Co 10, 17). La unión con Cristo es al mismo tiempo unión con todos los demás a los que él se entrega. No puedo tener a Cristo sólo para mí; únicamente puedo pertenecerle en unión con todos los que son suyos o lo serán. La comunión me hace salir de mí mismo para ir hacia Él, y por tanto, también hacia la unidad con todos los cristianos. Nos hacemos « un cuerpo », aunados en una única existencia. (DCE 14)

«Nada hay más hermoso que encontrar a Cristo y comunicarlo a todos» (SC 88). No se trata de imponer la fe, pero una fe que no se comunica pierde su auténtico dinamismo. Jesús sigue enviándonos para hacer discípulos de todos los pueblos. Evangelizar es la razón de ser de la Iglesia. Ahora bien, la evangelización no debe confundirse con el proselitismo religioso y partidista. La finalidad de la evangelización es llevar a «alguien» a la fe en «Alguien», que libera para la libertad del amor.

2. *La fe auténtica es la garantía de la esperanza* (cf. Hb 11, 1) *y actúa por el amor* (cf. Gal 5, 6). La fe nos implica y compromete, para que el mundo secular avance hacia su plenitud. «La obediencia de la fe» no se reduce a cumplir unos mandatos, urge a trabajar para que el plan de Dios de recapitular todas las cosas en Cristo se vaya realizando en lo concreto de la historia.

Pablo, al inicio de la carta a los Romanos, afirma que recibió «la gracia del apostolado, para suscitar la obediencia de la fe entre los gentiles, para gloria de su nombre (de

Cristo)». Y hacia el final de la misma carta, habla el apóstol de su misión como de un oficio sagrado: «Ser ministro de Cristo Jesús para con los gentiles, ejerciendo el oficio sagrado del Evangelio de Dios, para que la ofrenda de los gentiles, consagrada por el Espíritu Santo, sea agradable». (Rom 1, 5; 15,16)

En el corazón de la carta, Pablo afirma: «La creación, expectante, está aguardando la manifestación de los hijos de Dios; en efecto, la creación fue sometida a la frustración, no por su voluntad, sino por aquel que la sometió, con la esperanza de que la creación misma sería liberada de la esclavitud de la corrupción, para entrar en la gloriosa libertad de los hijos de Dios. Porque sabemos que hasta hoy toda la creación está gimiendo y sufre dolores de parto». (Rom 8, 19-22) La fe, por tanto, sostiene la esperanza y urge a trabajar para transformar el mundo por amor.

3. Los ojos de la fe, por otra parte, permiten *ver la realidad en profundidad y con renovada confianza*. Los profetas de la alianza invitaban a la conversión al Señor que conduce los acontecimientos de la historia. Los profetas de calamidades sólo ven la superficie, no saben discernir la presencia y acción vivificante de Dios en el corazón de las personas y culturas. Los profetas soñadores alagan al pueblo y no buscan más que ser aceptados y prestigio. El profeta auténtico interpela y anuncia la acción salvadora de Dios. «El Dios de la esperanza y del consuelo» ofrece un año de gracia, para que demos fruto bueno y abundante.

Esto implica avanzar con una real actitud de discernimiento, que difiere de nuestros juicios morales y de nuestras lecturas en «clave moralista». En el día y en la noche, el Señor sale a nuestro encuentro. Él peregrina con la humanidad. Su Espíritu precede, acompaña y lleva a cabo la obra de la Iglesia apostólica.

Jesús, ante sus adversarios, respondió: «Mi Padre sigue actuando, y yo también actúo». (Jn 5, 17) Esta es la verdad que nos lleva a avanzar con realismo en la vida. La persona de fe se compromete en el mundo, pues sabe que más allá de las apariencias, Dios permanece fiel y comprometido en conducir a la humanidad hacia él. San Pablo nos sigue diciendo: «Porque de él, por él y para él existe todo. A él la gloria por los siglos. Amén» [«Él es el origen, guía y meta del universo»].

San Agustín enseñó que son malos pastores los que no preparan a las ovejas débiles para los momentos de prueba. Quizás sea bueno recordar sus palabras.

El pastor negligente, cuando recibe en la fe a alguna de estas ovejas débiles, no le dice: *Hijo mío, cuando te acerques al temor de Dios, prepárate para las pruebas; mantén el corazón firme, sé valiente*. Porque quien dice tales cosas, ya está confortando al débil, ya está fortaleciéndole, de forma que, al abrazar la fe, dejará de esperar en las prosperidades de este siglo. Ya que, si se le induce a esperar en la prosperidad, esta misma prosperidad será la que le corrompa; y, cuando sobrevengan las adversidades, lo derribarán y hasta acabarán con él.

4. *Para andar el camino de la fe, necesitamos sostenernos unos a otros*. En este sentido es decisivo hacer juntos memoria de las maravillas de Dios en la historia. Dios recuerda su alianza e interviene. La espiritualidad de Israel es la espiritualidad del recuerdo. La fe permite vivir el presente haciendo memoria del pasado y también del futuro. Del pasado, con sus luces y sombras; la infidelidad del pueblo pone de relieve la fidelidad de Dios. ¡Feliz la culpa que nos mereció un Redentor tan grande!, canta el pueblo de Dios. Y del futuro, pues no estamos ante una utopía, sino ante lo que Dios ha realizado

ya en la plenitud de los tiempos en su Hijo y por su Hijo, pues por él ha sido dado el Espíritu a toda carne.

En el mandato: «Haced esto en conmemoración mía», no se nos pide repetir un simple rito, sino hacer memoria de la Pascua del Señor hasta su vuelta en gloria. La memoria adentra en la historia que Dios está llevando a su consumación. El futuro está saliendo a nuestro encuentro. La memoria de la fe recuerda: «Lo imposible para los hombres es posible para Dios». El verdadero creyente vive anclado en el futuro de Dios. Y este es un gran servicio a realizar a la creación.

5. Si la fe nos enraíza en el pasado, en las hazañas de nuestro Dios, y nos lanza hacia el futuro que está viniendo a nuestro encuentro, el que busca de alguna forma instalarse en el momento presente, debe interrogarse sobre la madurez de su fe. *El pueblo de la fe es un pueblo peregrino, vive en un éxodo permanente hacia la patria*. El creyente es un peregrino del Absoluto. En el mundo no deja de avanzar hacia el futuro de Dios que está saliendo a nuestro encuentro.

Por vocación estamos llamados a ser hermanos entre los hermanos, pero hermanos que recuerdan a todos, con su estilo de vida, con la caridad de las palabras y de las obras, el destino al que estamos llamados a encaminarnos juntos en la verdad, libertad y comunión con el resto de la humanidad. Es la sinodalidad. La fe auténtica nos une en Cristo, para encaminarnos hacia el Padre en el Espíritu Santo, evangelizando a los pobres de la tierra.

En conclusión, por la fe nos entregamos entera y libremente a Dios, para llevar a cabo en la historia el designio del Padre de recapitular todo en Jesucristo. Porque hemos creído en el amor que Dios nos tiene, amamos con su mismo amor al mundo, a fin de que la creación misma sea «liberada de la esclavitud de la corrupción, para entrar en la gloriosa libertad de los hijos de Dios». Pero todo esto se lleva a cabo entre dolores de parto. Por ello el Catecismo de la Iglesia Católica nos invita vivir como testigos de la palabra viva y operante de Dios.

El discípulo de Cristo no debe sólo guardar la fe y vivir de ella sino también profesarla, testimoniarla con firmeza y difundirla: “Todos [...] vivan preparados para confesar a Cristo ante los hombres y a seguirle por el camino de la cruz en medio de las persecuciones que nunca faltan a la Iglesia” (LG 42; cf. DH 14). (1816)